



Una ducha caliente después de la dura jornada de trabajo era uno de los mejores momentos del día para Enrique. Le gustaba mirar como el agua le arrancaba el barro del cuerpo y acababa engullido por el agujero de la bañera. No podía evitar recordar aquella película de terror tan famosa. Oyó el ruido de la tostadora mientras se ponía la chaqueta. Cogió la tostada y se la puso entre los dientes mientras encajaba los brazos en las mangas. No quería perder ni un segundo. Sabía que los ancianos de la residencia cenaban muy temprano.

Al llegar, golpeó la puerta con la misma intensidad que el corazón le latía de emoción, pero esta se diluyó de golpe cuando abrieron. Su primera sensación fue de una tristeza de la que se contagió prácticamente sin darse cuenta. Todas aquellas almas, arrastrando sus envejecidas corazas, parecían esperar que se les apagara la luz con resignación. Como si lo único que les quedara ya por hacer fuera atravesar el puente que los lleve a otra vida, donde posiblemente recuperarían la fuerza y la plenitud que el tiempo les había robado lentamente. Él no concebía aquella situación con normalidad. Había visto a sus padres cuidar de sus abuelos hasta la muerte. Accedió al interior con el pretexto de que tenía que hacer un trabajo de historia para la universidad. De todas formas, no parecía que a la cuidadora le estorbara su presencia. Probablemente, porque aquellos ancianos recibían menos visitas de las que querrían en realidad. Cualquier distracción o posibilidad de sentirse útiles les iría muy bien.

No tardó en entablar conversación con un entrañable grupo de ancianos que aún conservaban la capacidad de razonar, y que solían agruparse en el jardín de la casa. No esperó a un tema de conversación que fuera propicio para preguntar por el cementerio que su abuela mencionaba en su relato. Sin embargo, solo algunos de ellos recordaban haber oído hablar de un antiguo cementerio desaparecido hacía muchos años. O tal vez solo era la necesidad de disfrutar de la compañía de quien estuviera dispuesto a escucharlos. No quería dejarse ningún detalle que pudiera ayudar, así que les preguntó si conocían historias de miedo que hubieran podido escuchar durante su infancia. El problema es que entre ellos no había ninguno que llegara a los setenta años. La fecha de la carta de su abuela les quedaba todavía un poco lejos. Cuando creyó que no había nada más a exprimir sobre las memorias de aquellos ancianos, se acercó a un grupo de gente más reducido, pero de edad más avanzada. Eran los pocos octogenarios que había en el centro, y al escuchar las preguntas indiscretas de Enrique parecía que sentían una cierta exaltación a través de aquellas miradas perdidas. Sobre todo, cuando les preguntó por historias de seres que despertaban de su propia muerte.

De todos modos, era prácticamente imposible sacarles una sola palabra, sobre todo a la señora Francisca, que se santiguó y dio tres besos a la cruz que llevaba colgada al cuello. La peor reacción, sin embargo, la tuvo una mujer que debería tener casi noventa años. Parecía una de las almas más solitarias que residían entre aquellas paredes. De hecho, ni siquiera parecía estar escuchando cuando Enrique hablaba con el resto de los ancianos. Tenía una larga cabellera blanca y rizada, y un rostro muy bien conservado a pesar de las arrugas a través de las cuales, el tiempo dejaba constancia de su paso. Mientras Enrique hablaba, ella tenía la mirada perdida en algún lugar vacío. De repente y sin saber por qué, empezó a gritar y gemir como si fuera una niña pequeña. Enrique no sabía por qué había reaccionado así, pero le pareció que aquellos gritos eran de auténtico terror. Las cuidadoras se la llevaron a algún lugar del recinto entre dulces palabras para que se calmara:

—Tranquila, Gina, que estamos aquí para ayudarla —decían, mientras algunos ancianos se burlaban y se tocaban la cabeza con el dedo índice como si aquella mujer no estuviera del todo cuerda.

—No sufras, chico, que no es culpa tuya. Esta vive en su mundo desde que era muy pequeña. Dicen que con cinco años dejó de hablar y no ha vuelto a decir una sola palabra en toda su vida —decía con una sonrisa desdentada uno de los primeros ancianos con los que había hablado hacía un rato.

Enrique pensó que era una auténtica lástima que los únicos ancianos de más de ochenta años, como Gina, se encontraran en un estado de salud tan lamentable. Seguramente habrían podido ayudarle mucho unos años atrás, pero en ese momento parecía imposible sacar información de sus recuerdos. Tenían afectada incluso la capacidad de hablar. Se disponía a marcharse, no sin un cierto remordimiento de conciencia por haber hecho llorar a esa anciana, pero lo cierto es que su curiosidad empezaba a ir en aumento.

Entonces, cuando estaba ya cerca de la puerta de salida, vio a aquel hombre. En un rincón, sentado en el umbral de la muerte y desafiándola con la misma firmeza con la que debió haber vivido toda su vida. Tendría más de cien años y el rostro marcado por una larga vida; su mirada parecía clavada en la chimenea, que tenía pinta de llevar años sin funcionar. No parecía necesario, el fuego lo tenía él en la mirada. Si había un resquicio de realidad en las palabras de la abuela de Enrique, aquel hombre tenía que saber algo. Él ya debía ser un hombre adulto cuando ella desplegó aquellas palabras en tinta. Después de que la cuidadora le diera su nombre y le confirmara que mantenía su mente cuerda, se acercó a él con un respeto muy superior al que había tenido con el resto de los ancianos de forma inconsciente.

—Señor Domènech —dijo titubeante—. Me llamo Enrique.

En ese momento, Enrique se dio cuenta de que le faltaba el brazo izquierdo. El anciano ni siquiera lo miró, así que decidió ir al grano.

—Mire, he encontrado una carta escrita por mi abuela hace muchos años. Es un relato que habla de vampiros. ¿Conoce usted historias de vampiros?

En ese momento captó su atención, concediéndole una mirada tan dura que haría retroceder a los demonios más atrevidos de nuevo al infierno. En esa mirada no se leía el miedo de la señora Francisca ni del resto de ancianos. Era como si aquel hombre ya hubiera desafiado a la

muerte en innumerables ocasiones y la hubiera mirado directamente a los ojos.

Solo por un instante y después de observar a Enrique durante unos segundos, cambió su expresión rígida para decirle en un tono condescendiente:

—Hay cosas que es mejor no llegar a conocer nunca, jovencito.

Una chispa de emoción empujó Enrique a formular una segunda pregunta.

—¿Es posible que existiera un cementerio prohibido aquí en nuestro pueblo?

—Lo fue durante un tiempo. Después desapareció —respondió con mucha lucidez para haber superado una centuria.

—Pero en el ayuntamiento no tenían constancia de que hubiera ningún cementerio prohibido.

—¿El Ayuntamiento...? ¡Qué sabrán, ellos! —respondió.

—¿Y dónde estaba ese cementerio?... Tengo entendido que existieron unos cuantos antes del actual.

El anciano arqueó una ceja y le miró fijamente durante unos segundos infinitos, como si pudiera leerle la mente. Tanto que Enrique se sentía ligeramente intimidado. La sonrisa de aquel hombre se arrugó para responder con un tono misterioso:

Plegarias que buscan su consuelo.

Un abrigo de piedra en calma

inicia la ascensión del alma,

gritando sus campanas al cielo.

—¿Habla del cementerio parroquial? El que se encontraba en la plaza de Santa Eulalia... No, espere, a finales del siglo XIX ya hacía mucho tiempo que debía estar en desuso, si es que no había desaparecido ya. El campanario... debe ser el de Santa María del Puig, la antigua iglesia del pueblo.

—Enrique estaba seguro de haber acertado. El abuelo Pío parecía satisfecho con su respuesta y en un tono más amable le dijo:

—Eres un chico muy listo, pero lo que es más importante es que puedo ver la pureza de tus intenciones.

—¿Por qué era un lugar prohibido? —dijo sin saber muy bien a qué se refería con aquello de sus intenciones—. Por favor, señor Domènech —continuó Enrique—, es importante para mí saber si lo que escribió mi abuela era real. Ella nunca inventaba historias, y mucho menos de este tipo. Además, sé que su abuelo murió un 31 de octubre, porque siempre me contaba que cada aniversario de su muerte iba a visitar su sepulcro. Mi abuela quería muchísimo a su abuelo —dijo tras una pausa—. Tanto como yo a ella. Pero no habló nunca de cementerios prohibidos, ni de vampiros. En realidad, ni siquiera supe dónde estaba enterrado su abuelo. Sinceramente, tampoco me lo había planteado. Señor Domènech, ¿qué había allí en el Puig?

Su rostro parecía más tenso, y con una mirada rígida respondió:

—¿Estás seguro de que quieres conocer el pueblo desde sus entrañas? —Enrique asintió con la cabeza—. Está bien, joven, pero vigila cada paso que des a partir de ahora. No te fíes de nadie. Toma, coge esto —dijo pidiendo que le sacara un anillo blanquecino de la mano—. Te protegerá.

Enrique no sabía qué quería decir, ni tampoco por qué le daba aquel extraño anillo. Pero no se atrevió a preguntar nada. De hecho, estaba consiguiendo su objetivo.

—Ahora escúchame bien —dijo Pío mientras parecía entrar en los rincones más escondidos de su propia alma.

*Murió allí, en el desfiladero;
o quizá el mal cobrara vida.
Nacido en las llamas de Lucero
todos temieron su mordida.
Obcecado el pueblo guerrero,
rugió por la sangre vertida.
Castillo hogar del guerrero
historia nuestra ya perdida.*

El abuelo Pío se detuvo en seco, y Enrique apuntaba en su libreta tan rápido como podía, sin entender nada.

—¿Castillo?... ¿Qué castillo...? —dijo repitiendo una de las palabras que más le había llamado la atención.

—Las ruinas del castillo que reina invisible sobre el punto más antiguo de la villa —dijo con una energía envidiable—. Allí es donde se ocultaba el mal.

—¿Dónde tengo que ir para encontrar respuestas? —preguntó Enrique intentando sacar un rayo de luz. La expresión de la cara le cambió, volviéndose algo menos feroz:

*Montserrat, luz de venganza,
el payés sobre la huerta.
Siempre alerta, es su fianza,
toda una familia muerta.
Ruge al cielo con su lanza,
el guerrero que despierta.*

Su enorme mano cogía con fuerza un bastón que temblaba con los recuerdos.

—Señor Domènech, ¿por qué no está con su familia? ¿Es que no tiene, tal vez? —preguntó sintiendo mucha lástima de ver aquel hombre atrapado entre aquellas paredes.

—No, en la matanza..., en la matanza de la calle Madoz, ellos...

Sin darse cuenta, la demencia senil le borró las palabras y también la mirada. Por suerte, a Enrique le había dado tiempo a apuntar todo aquello que le había dicho, aunque no sabía si tenía algún sentido. En tal caso no tenía ninguna intención de rendirse. Era consciente de que aquel hombre sabía muchas más cosas y su objetivo era conseguir que se las explicara.



Enrique caminaba por la calle Grande a paso ligero. Se había levantado muy temprano para ir a comprar el pan y otros víveres a la tienda del señor Lláser. Tenía unos garbanzos deliciosos. Era una mañana fresca, pero allí donde los rayos de sol iluminaban se podía notar como la primavera comenzaba a despertar. Al pasar por delante de la calle del Taquígrafo Garriga, algo le trajo el sonido de la voz del abuelo Pío como si fuera un eco en su interior. «La matanza de la calle Madoz».

La calle de Pascual Madoz es la actual calle del Taquígrafo Garriga. Este hecho era conocido por Enrique dado que solo hacía unos veinte años que había cambiado de nombre y la gente mayor todavía la llamaba Madoz. Se preguntaba qué querría decir Pío con lo de la matanza. Enrique observaba la normalidad de la calle desde el chaffán. Una mujer en bata barría el portal y la parte de la acera que había delante de su casa, dos hombres hablaban de fútbol a pocos metros de él; cosas cotidianas. Se preguntaba qué secreto podía ocultar aquella calle.

Enrique sabía que la calle Madoz ya existía a mediados del siglo XIX, así que sus casas más antiguas estarían ya de pie en aquella época. Por este motivo decidió quedarse a los pies de aquella calle y buscar pistas, testigos o indicios que pudieran ayudarlo. Su idea era intentar hablar de nuevo con la persona más anciana o, cuanto menos, la que llevara más tiempo viviendo allí. «¿Por qué no? Si hasta ahora había funcionado», pensó.

Lo cierto es que esta vez los acontecimientos empezaban a ponerse de cara. La señora Dolores vivía en esa calle, y justamente tenía la

puerta abierta. Enrique la conocía desde pequeño. Se puso muy contenta al verlo. Con la madre de Enrique habían sido muy amigas y ahora él era el único recuerdo de aquella amistad que Dolores añoraba. Le invitó a pasar para tomar café y pastas. Enrique tenía suficiente confianza con ella para no tener que esperar el momento oportuno para empezar a preguntar.

—Dolores, por casualidad, ¿sabe quién es la persona que lleva más tiempo viviendo en esta calle?

—Si claro, es la señora Herminia sin lugar a duda.

—¿Herminia? —dijo levantando los párpados con la taza de café entre las manos—. Dígame, ¿qué edad debe tener más o menos?

—Tendrá cerca de noventa años.

Un soplo de emoción y su torpeza, le hicieron verter medio café por encima de los pantalones.

—¡Caramba, cómo quema! —dijo levantándose de la silla—. Dolores, ¿dónde vive esta señora? Quisiera hacerle algunas preguntas que solo ella me puede responder —preguntó mientras Dolores intentaba quitar la mancha del pantalón con un trapo húmedo.

—Lo siento, Enrique, pero Herminia ya hace años que no sale de casa. No sé si está en condiciones de contestarte a nada. Lo que sí sé es que ahora la cuida Marina, su sobrina. Parece una chica encantadora, pero no la conozco demasiado.

—Ya..., ¿y dónde me ha dicho que vive? —preguntó sabiendo de sobra que no se lo había dicho todavía.

—Es la casa más antigua de la calle. La primera casa que hace esquina con la carretera nacional.

Enrique se despidió poco después de Dolores y sus azucaradas pastas, y se dirigió a la casa que le había indicado. La casa era realmente muy antigua, como la mayoría de las casas de esta calle. No había timbre, así que llamó a la puerta dos veces con los nudillos. El repique de los golpes sonaba vacío. La casa debía de ser muy grande.

Tardaron bastante en abrirle la puerta, pero Enrique esperaba pacientemente porque se escuchaba ruido en el interior. Cuando abrieron, su mirada impactó con la de una joven de pelo liso y rubio. Tenía unos

ojos marrones rasgados preciosos que parecían capaces de congelar el mismo infierno. Enrique se quedó inmóvil durante un instante. A esa joven de piel blanca y poca altura se le escapó una sonrisa tímida mientras esperaba las primeras palabras de Enrique que parecía embelesado. Pensaba para sí mismo que tal vez Dios le había dibujado la sonrisa de los ángeles para que el resto pudiera saber cómo son en realidad.

En realidad, no iba vestida muy elegante. Llevaba una bata a rayas blancas y azules, muy propia de las tareas domésticas, y el cabello atado con una coleta, pero Enrique no había tenido antes esa sensación de nervios irracionales. En primer lugar, se presentó ofreciéndole la mano. Notó un cosquilleo en el estómago que le era deliciosamente desconocido cuando contactó con aquella piel suave como la seda. Enrique no sabía por qué, pero creyó que ella tuvo una sensación similar cuando sus miradas se encontraron por primera vez. Sin saber cómo, la sonrisa de aquella joven hizo que todo lo que la rodeaba se volviera de color gris. En ese instante Enrique olvidó incluso lo que le había llevado a aquella casa. El abuelo Pío, los vampiros... El mundo entero se había situado a la sombra de aquella joven.

—Yo... quisiera hacer algunas preguntas si no les sabe mal. La joven no pudo desconfiar de él. Lo hizo pasar al recibidor donde había la fotografía de una pareja y una niña. La niña era aquella joven sin lugar a duda. Los ojos no le habían cambiado.

—Adelante —dijo haciéndolo pasar al comedor.

—Muchas gracias. No quiero molestar, pero creo que en esta casa pueden ayudarme. En concreto quisiera hablar con la señora Herminia. La joven le indicó que se sentara y sirvió galletas y café. Enrique no sabía exactamente cómo las podría digerir. En casa de Dolores ya se había hartado. Se fijó en que los muebles de la casa eran muy antiguos, tanto como la misma casa; todo excepto un timón de madera que colgaba de la pared y que no concordaba con el resto del mobiliario. Estaba claro que quien lo había colgado debía tenerle estima.

—¿Cómo es posible que no nos hayamos visto nunca por el pueblo?
—preguntó Enrique en un momento en que ya hacía rato que se lo preguntaba a sí mismo.

—Salgo muy poco de casa. El estado de salud de mi tía es muy precario y soy lo único que le queda en este mundo. Me llamo Marina.

—Mucho gusto, Marina, yo me llamo Enrique. Los jóvenes hablaron durante un buen rato en el que la conversación fue sorprendentemente fluida. Como si no fuera el primer día que hablaban. Enrique se habría quedado hablando con ella todo el día, pero en un momento llegó la pregunta que lo devolvería a la realidad forzosamente.

—Dime, ¿en qué te puede ayudar a mi tía?

A Enrique no se le pasaba por la cabeza hablarle de vampiros a Marina. Así que esquivó el tema como pudo.

—Pues, estoy haciendo una recopilación de datos históricos del pueblo. Esto me lleva a hablar con las personas más ancianas. Ya sabes, son las que han vivido más. ¿Podría hacerle un par de preguntas? Seré muy breve.

Marina accedió. Enrique percibió que no supo decirle que no. Sin embargo, le advirtió que posiblemente no obtendría respuestas coherentes. La mente de Herminia iba y venía de modo que, unas veces podías encontrarte con un pozo inmenso de recuerdos y en otras ocasiones una conciencia vacía. Marina le acompañó a la habitación de su tía en el piso de arriba. Enrique se quedó boquiabierto unos segundos, observando los movimientos sutiles de su cintura mientras subía. Cuando se dio cuenta de su actitud descarada, sintió vergüenza. No es que no lo hubiera hecho nunca, pero por algún motivo que desconocía, sentía que a ella debía respetarla.

La habitación donde descansaba Herminia estaba llena de muñecas de porcelana. El orden y la pulcritud eran extremos. La luz de la ventana se clavaba sobre el cuerpo inmóvil de la anciana, sentada en una mecedora, mientras se peinaba una larga cabellera blanca y lisa. Aquel escenario y la sonrisa perdida, seguramente en alguna época mejor, hicieron presumir a Enrique que poco podría sacar. Pero, ya que estaba, lo tenía que intentar.

—Hola, Herminia, mi nombre es Enrique.

—Dios te salve, joven —contestó con más lucidez de la que esperaba. La verdad es que los preámbulos no eran el fuerte de Enrique.

Además, no quería perder una nueva oportunidad como le sucedió con el abuelo Pío. Así que comenzó atacando de frente.

—Herminia..., ¿sabe algo sobre una matanza sucedida en esta misma calle? —preguntó dando por hecho que de verdad había sucedido.

—¿Lo ves? —contestó como si no hubiera escuchado ni una sola palabra.

—¿Qué debo ver, Herminia? —dijo mirando a los lados.

—Marina te mira de reojo. Me parece que le gustas —dijo con una voz muy aguda y una sonrisa traviesa. Enrique dio media vuelta y vio a Marina doblando ropa al fondo del pasillo donde estaba la habitación de planchar. Sus miradas se cruzaron de nuevo, con un intercambio de sonrisas. En ese momento Marina entró en otra habitación. Sin saber cómo ni por qué, aquel detalle regaló a Enrique un pequeño momento de felicidad que le acompañaría el resto de la tarde.

—¿Qué quieres saber de la matanza? —preguntó Herminia de repente y sin perder la sonrisa.

—Pues lo que sepa...

—Fue uno de ellos. Dejó un escenario sangriento; terrible. Mis hermanos fueron víctimas. Yo nací después —dijo con un tono de voz más bajo mientras se pasaba el cepillo por las puntas del pelo.

—¿Uno de ellos? ¿De quién habla, Herminia? —preguntó Enrique pensando si aquella anciana no debía estar hablando de cualquier otro episodio de su larga vida.

—De los demonios. Mi madre decía que había sido un joven que vivía en el centro de la calle. En este mismo lado. Al despertar de su lecho de muerte se llevó a los inocentes. Un superviviente lo reconoció sin dudar. Los demonios toleran mejor la luz recién despiertos y lo hacen muy sedientos. Por eso les sorprendió. Mi madre me decía que si no era buena también se me llevarían a mí. Pero tranquilo, ahora ellos nos protegen.

—¿Quién nos protege?

—Mis hermanos y el resto de los inocentes —respondió riendo como si Enrique debiera saber algo sobre aquello que le contaba.

De repente, empezó a repetir una y otra vez una especie de cántico que debía conocer desde la infancia.

—Mozos de Esparreguera, sed buenos y permaneced despiertos, que los inocentes de piedra nos protegen de los muertos.

Ya había repetido esta frase un montón de veces balanceándose con la mirada perdida, cuando Marina entró en la habitación.

—Ya te he dicho que la lucidez le va y le viene —dijo mientras le ponía una almohada detrás de la cabeza con mucho cuidado. Ella se hizo cargo de mí cuando mis padres murieron. En aquel tiempo vivíamos en Barcelona.

Marina lo acompañó a la salida, Herminia tenía que descansar.

—Muchas gracias por todo. Me gustaría mucho volver a verte pronto. He pasado un rato muy agradable hablando contigo —dijo Enrique sin creer lo que acababa de hacer. Marina se puso un poco roja y cerró la puerta sin decir nada. No fue necesario, su sonrisa habló por ella.

Enrique se quedó un rato delante de la puerta de la casa. Miraba hacia arriba con la esperanza de que Marina pasara por delante de la ventana. Mientras lo hacía, se fijó en un detalle. Era una figura esculpida en piedra justo debajo del balcón del segundo piso. La escultura representaba un niño con la mirada triste, rodeado de hojas y flores a su alrededor. Enrique miró el resto de los balcones de la casa. En todas se podían encontrar estas pequeñas esculturas. Había cinco de ellas. Tres daban a la misma calle Taquígrafo Garriga y dos más a la carretera



Detalles en las fachadas de algunas casas de la calle del Taquígrafo Garriga, antiguamente calle de Pascual Madoz

nacional. En principio no le dio más importancia, pero a medida que caminaba calle arriba volvió a ver figuras similares en otros balcones de la misma calle.

«Qué curioso, no me había fijado nunca» pensó. Entonces cayó en la cuenta. «¡Dios mío! Los inocentes de piedra, la matanza de la calle Madoz. ¿Y si estas figuras fueron esculpidas en honor a los inocentes muertos en la matanza?». Enrique buscó durante toda la tarde esculturas como aquellas en otros lugares de la villa. No las encontró en ningún lugar, excepto en una de las casas que hay en la carretera general, pero que realmente está a pocos metros de la calle Taquígrafo Garriga. Quizás allí también vivieron víctimas que jugaban con sus vecinos. No fue el único hecho intrigante para Enrique: en el centro de la calle Taquígrafo Garriga, justo encima de un portal, había esculpida la figura de la cabeza de un animal: un murciélago. Un murciélago endemoniado con los colmillos muy acentuados.

Pensó que era perfectamente posible que las generaciones posteriores hubieran esculpido la leyenda en las fachadas de sus propias casas para recordar aquellos que perdieron la vida. Lo cierto es que este tipo de esculturas son muy propias del clasicismo, y en Barcelona podemos encontrar muchas. Quizás algunos pensarán que los barceloneses con segundas residencias añadieron estas esculturas durante los años veinte como simples elementos ornamentales. Lo que sí es seguro es que las esculturas eran posteriores a la construcción de los edificios. Enrique se hacía las siguientes preguntas: ¿no era extraño que solo se encontraran en esta calle en concreto?, ¿no había más barceloneses con gusto por el arte clásico en toda la villa?, ¿es posible que aquellos que perdieron a sus hijos las hicieran esculpir en su recuerdo?

Los inocentes de piedra: la matanza que consistió en la cruel muerte de un grupo de niños, entre ellos los hijos de Pío, que debieron perder la vida mientras jugaban en aquella calle, sorprendidos por un ser que acababa de despertar de su propia muerte, hambriento de sangre y con más tolerancia a la luz, ya que estaba adaptándose a sus nuevas condiciones. Por eso los pudo sorprender al atardecer.

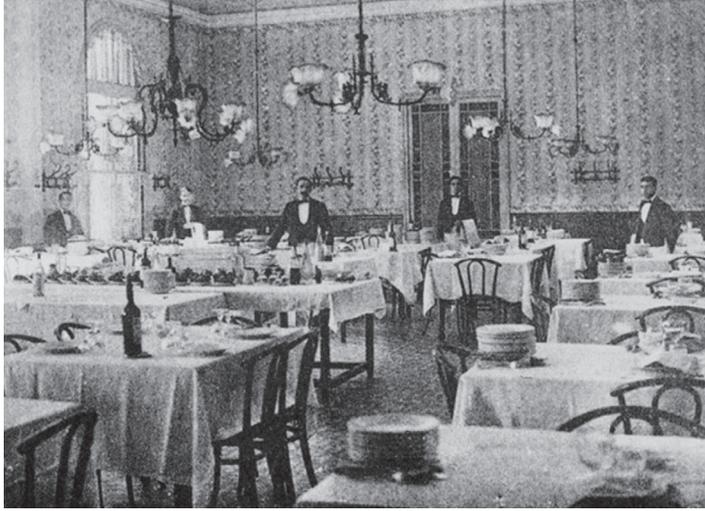




Enrique se despertó a las ocho de la mañana para preparar su visita al balneario. Se había propuesto hacerlo más temprano, pero si había algo que le costaba era madrugar. Antes de dirigirse a la Puda por primera vez, recogió algo de información sobre ella. El Archivo Puig y la colección privada de fotografías de un vecino de Esparreguera, de nombre Ricard Forn, fueron de gran ayuda en este sentido. Le enseñaron un montón de fotografías antiguas de la época dorada del balneario. Enrique se sumergió unos segundos en ese ambiente aristocrático. La gente vestía con la elegancia propia de la época en medio de un escenario extremadamente lujoso. Le recordaban las fotografías conservadas de los pasajeros del Titanic que había visto en algún periódico.



Habitación de la Puda de Montserrat (fotografía cedida por el archivo Puig)



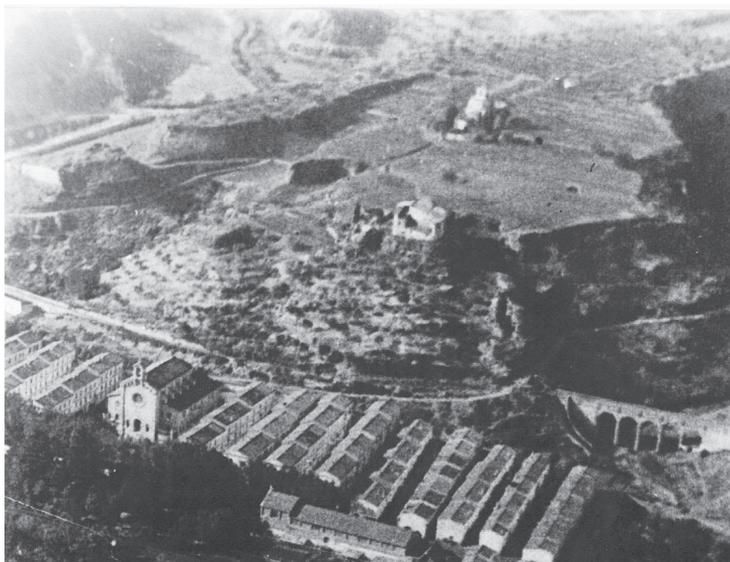
*Salón-Restaurante de la Puda de Montserrat
(fotografía cedida por archivo Puig)*

Con todo ello, pudo saber que la historia de la Puda de Montserrat se remontaba a mediados del siglo XIX, pero a principios del mismo siglo ya se tenía conocimiento de que sus aguas ricas en azufre tenían un uso medicinal. Así que la gente ya debía bañarse bajo los hoyos de humo por donde salían estas aguas. Salvador Garriga, ilustre de Esparriguera, se propuso construir dos edificios de baños que ubicaría a ambos lados del río Llobregat.



La Puda de Montserrat en la actualidad

En un principio la idea fue muy bien aceptada por todos, incluidas las autoridades, pero lo cierto es que el señor Garriga solo encontró inconvenientes a su proyecto. Este hecho le llevó a la desesperación y se suicidó. Sin embargo, Pau Garriga quiso dar vida al sueño incumplido de su hermano, y así se construyeron dos edificios, uno en cada lado del río. Por desgracia, la naturaleza, que no parecía estar de acuerdo con el hecho de que los hombres se apropiaran de aquellas aguas, se llevó los dos edificios. Aun así, no se rindieron, y un empresario barcelonés de nombre Antoni Pujades, inició el proyecto nuevo sobre los cimientos del antiguo edificio. Esta vez construyeron uno más sólido que pudiera resistir las embestidas del río. Así nació la Puda de Montserrat. Cabe decir que el proyecto que el señor Pujades ideó era mucho más majestuoso, pero nunca se pudo completar por varios motivos. De todas formas, el edificio que se construyó era bastante lujoso, y alojaría invitados de la alta sociedad que se beneficiarían de sus prestaciones. A partir de ese momento y sobre todo a principios del siglo xx el balneario vivió su momento de máximo esplendor.



*Vista aérea del castillo de Esparreguera antes de la construcción del depósito de agua
(Fotografía cedida por el Archivo Puig)*

Ya pasada la segunda mitad del siglo xx, los balnearios en general comenzaron a perder importancia y se instauró la moda de veranear en la playa. Además, las continuas riadas lo han dejado en un estado lamentable. Enrique tomó la mochila cargada de ilusión, un buen bocadillo de secallona y la cantidad de agua suficiente para sofocar la sed. También tomó la llave que Pío le había legado; tal vez allí le sería útil. Inició el camino que lleva a la Colonia Sedó. Se haría largo pero agradable. Hacía tiempo que no paseaba por aquellos parajes que le traían muchos recuerdos de su infancia. Mientras caminaba entre aquellos árboles, podía verse al lado de su padre recogiendo hojas de morera para su colección de gusanos de seda, o cogiendo musgo para el belén en Navidad. El camino hasta la colonia se hacía plácido. Todo era bajada hasta llegar hasta los pies del mismo Llobregat. Otra cosa sería el camino de vuelta. Durante el camino pudo observar la antigua iglesia de Santa María del Puig y el único muro conservado del castillo de Esparreguera. Mientras lo hacía, imaginaba los hechos y los personajes a los que había decidido investigar. Le era más fácil hacerlo con las ruinas delante. Un poco más abajo estaba la Colonia Sedó en funcionamiento, aunque no con el esplendor que tuvo el siglo anterior. Muchas de sus viviendas se encontraban vacías. Pero años atrás fue la colonia textil más grande de todo el estado español. Funcionaba con energía hidráulica. La colonia disponía de una turbina de hierro fundido de 1 400 caballos, que también era la más grande del país.

A Enrique se le empezó a hacer más pesado el camino cuando las picaduras de los insectos comenzaron a hacer efecto mientras el calor iba en aumento. Finalmente, se plantó delante de aquel edificio en ruinas. A Enrique le impresionó bastante. Parecía que el caserón se ahogaba de recuerdos en medio de la naturaleza. Jamás lo había visto de tan cerca. Lo cierto es que su estado era realmente deplorable. «¿Cómo pueden dejar que el balneario se consuma de esta forma?». Pensó en un primer momento. Aunque también era consciente de que el hecho de que no pertenezca a la Administración, y sobre todo viendo que el río demostraba una y otra vez que no estaba dispuesto a permitir que el hombre le pisara el territorio, era incluso lógico que así fuera.

Ahora, sin embargo, volvería a ser de utilidad. Al menos para Enrique. Aquellas paredes devoradas por el Llobregat ocultaban algo que

debía encontrar. Otro pedazo de aquella historia oculta en algún lugar. Accedió por la entrada exterior atravesando una enorme puerta de hierro oxidada. A medida que avanzaba por el pasillo que conduce a la puerta de la entrada principal los árboles parecían agacharse por el efecto del viento, por lo que parecía que observaban con curiosidad a aquel que osaba poner los pies allí después de tanto tiempo. Al llegar delante de la puerta y empujarla chirrió desagradablemente.

En el interior la oscuridad se rompía en diferentes columnas de luz que entraban por los agujeros del techo, y por los que levantaban el vuelo algunas palomas temerosas de su visita. En todo caso, seguro que no tenían más miedo que Enrique. Lo cierto es que nunca fue un chico muy valiente. La soledad de aquel edificio alimentaba las leyendas que lo habían conducido hasta allí. Una vez en el interior se dio cuenta de que aquella puerta era el acceso al que llamaban Templo de la Salud, que no era más que el cuarto de baño. Había un pasillo sin fin, rodeado de múltiples cámaras adornadas con paredes de mármol aplacado, y unas preciosas bañeras también de mármol. Enrique observaba la gran cantidad de lodo que había por todas partes y a la altura que se encontraban los restos de arcilla, cañas y otros vegetales. En un principio le pareció que el río había accedido por las ventanas inferiores del edificio, pero la verdad es que su paso lo había inundado todo. Sin embargo, aún se podían apreciar bonitos detalles como las bóvedas cilíndricas y de arista en el techo de la galería. Su imaginación le permitía viajar en el tiempo, situándolo en una época en que toda aquella belleza perdida sonreía bajo su propio esplendor.

Mientras caminaba por el interior, observando a su alrededor, llegó al único punto que le era familiar. Se trataba de una fuente de agua sulfurosa donde su abuela fue fotografiada hacía muchos años llenando una pequeña botella de vidrio. Cabe decir que la imagen no tenía nada que ver con su estado actual. La fotografía mostraba la fuente bajo una preciosa barandilla de mármol, ahora prácticamente destruida. Eso por no hablar de la propia fuente, de la que ya no quedaba prácticamente nada.

Ya llevaba bastante tiempo allí dentro para darse cuenta de que su tarea no sería nada fácil. No tenía ni idea de qué había venido a buscar, ni por dónde empezar a hacerlo. Pasó muchas horas escondiendo sus

propios temores, pasando calor, hambre y aguantando picaduras. Pero allí, en algún lugar, el abuelo Pío había dejado algo y solo él podría encontrarlo. Aparte del Templo de la Salud, revisó el comedor, la cocina, el patio, la terraza y todos los rincones posibles. El acceso al segundo piso se presentaba mucho más complicado. Cayó tres veces antes de conseguir trepar, ya que la escalera estaba destruida. Allí estaban las habitaciones, entre otras cosas. Las miraba una por una, pero no era capaz de encontrar nada que le llamara la atención. Intentaba guardar en la memoria cada detalle que pudiera haber sido manipulado por Pío, pero la naturaleza había pisado aquel lugar con fuerza.

Al llegar a la última de las habitaciones al final del pasillo, se dio cuenta de que era una de las que mejor se conservaba, y también de las más oscuras. Allí encontró dos camas con sábanas blancas sucias de barro, con una mesita de noche al lado de cada una de ellas. Junto a la puerta había un armario de madera. Al dirigir la luz hacia el armario vio que alguien había rayado la madera con algún objeto punzante la palabra *PuDa* en una de las puertas. «¿Por qué debería dañar nadie la madera de sus armarios, para escribir algo tan poco ocurrente como el nombre del balneario?», pensaba mientras iniciaba el camino de vuelta. «Un momento...». La palabra *PuDa* estaba escrita con las consonantes en mayúsculas y las vocales en minúsculas. A Enrique le pareció extraño. Se preguntaba qué intención tenía la persona que lo hizo, mientras las dos consonantes se hicieron grandes ante sus ojos, y en medio de aquella oscuridad tan cruda, le sugirieron que las dos letras *PD* eran también las iniciales de Pío Domènech. Avanzó hasta situarse justo enfrente de aquel armario que esperaba que escondiera algo. Al abrir las puertas parecía que tenían que romperse, pero en el interior no había nada. Peinó cada rincón con la luz de la linterna. Nada de nada. «¡Ostras! ¿Por qué tenía que ponerlo tan difícil aquel viejo del demonio?», gritó enfadado, tirando la linterna contra la pared interior del armario.

Al hacerlo, el ruido que provocó el impacto no fue exactamente lo que esperaba. Sonó vacío. Era muy extraño ya que el armario estaba junto a la pared, y aquellas paredes eran muy gruesas. Recordó que los muebles de la casa de Pío parecían que habían sido tallados por él mismo. Quizá lo habría manipulado a su servicio. Recuperó la linterna que había caído al suelo. Por suerte no se había roto, e iluminó nuevamente

el fondo de aquel armario. En un principio nada parecía fuera de lugar, pero al golpear dos veces la madera de la parte interior, comprobó de nuevo que sonaba hueco. Enrique hizo tanta fuerza como pudo para apartar ese mueble. Le costó mucho, pero finalmente lo consiguió, descubriendo un agujero en la pared que a la vez custodiaba un cofre de madera con una cerradura en forma de calavera que tenía los dientes desalineados. Enrique cogió aquel cofre con mucho cuidado y probó de abrirlo sin éxito. Necesitaba la llave. «¡La llave del abuelo Pío! Ahora sí que me será de utilidad», pensó mientras buscaba la llave en la mochila. Sacó la llave del bolsillo, la introdujo y al hacerlo sintió un murmullo que le detuvo el latido del corazón un instante. Se giró atemorizado, pero allí no había nadie. Decidió continuar tan deprisa como pudiera para abandonar la Puda cuanto antes. Al dar una vuelta de llave el cofre hizo un pequeño ruido que parecía indicar que se había abierto, pero no fue así.

Enrique intentaba levantar la tapa, pero parecía que faltaba algo. Entonces se dio cuenta de que la calavera hacía juego y se podía girar. Así lo hizo, y cuando la había girado 180 grados, pudo levantar la tapa. En el interior había un saco de color marrón y una nota manuscrita. La nota se encontraba en la parte superior y decía lo siguiente: «*Has hecho las brujas visibles a tus ojos, a través de los que yo he podido ver a mi sucesor. No dejes que te toquen el corazón. Si mi instinto es acertado, elegirás la opción correcta; si me he equivocado, que Dios nos guarde*». En un principio Enrique no entendió nada. Se preguntaba qué quería decir con lo de las brujas, hasta que se dio cuenta de que los dientes de la calavera de la cerradura, al estar girados adoptaban la forma de aquellas rocas llamadas las Brujas Encantadas que se encuentran en la garganta del Cairat.

Una vez hubo girado la calavera volvió a sentir aquellos susurros extraños. Eran diferentes voces, y eran femeninas. Enrique tenía mucho miedo. Aquel hallazgo suponía una victoria que en aquel momento era incapaz de saborear. Finalmente, abrió la bolsa. En el interior había una calavera, esta vez auténtica. Tenía los pómulos muy destacados y un aspecto mucho más cruel que el que habitualmente tienen. Aún conservaba unos cabellos rojizos como el fuego del infierno. Pero lo más inquietante de todo, eran los colmillos. Largos y afilados. Impropios de un ser humano.

Enrique solo podía temblar. Deducía que aquella calavera podía ser la cabeza de Montorch. La observó detenidamente. Intentó mover los colmillos para comprobar que no se trataba de un juego macabro. Eran reales. Justo debajo había un diario: el de Pío Domènech. Tenía las tapas de color *beige* verdoso y estaba muy bien conservado. Finalmente, lo había conseguido, pero en el interior del cofre había algo más. Era un saco más pequeño de color rojo atado con una cinta dorada. Lo abrió con mucho cuidado y dejó caer en la palma de la mano lo que había en su interior. Eran unas piedras cristalinas de color oscuro. Las había de diferentes tamaños y parecía que un día todas habían sido una. Entonces lo entendió todo. Aquellas piedras debían ser los restos de la Lágrima del Sol negro. Las voces femeninas se volvieron a hacer presentes, aunque no entendía qué decían. Lo único en lo que podía pensar Enrique era en salir de aquel caserón fantasma. Puso todos los objetos en el cofre y salió corriendo con la intención de no volver nunca más.

